

más. Va tropezando en los cadáveres que amontona con la sonrisa maquinal y desesperada del asesino maníaco. La muerte, la vida, todo le es igual en adelante: la costumbre del asesinato la ha puesto fuera de la humanidad. Le anuncian la muerte de su mujer.

«Hubiese debido morir después; entonces habría habido un momento para tal noticia. «Mañana», «mañana», «mañana...», así se van los días paso á paso hasta la última sílaba que el tiempo escribe en su registro, y todos los ayeres han alumbrado á locos por el camino polvoriento de la muerte. ¡Apaga, apágate, luz efímera! La vida no es más que una sombra ambulante, un pobre actor que acciona y se agita un momento en escena, y á quien después no se oye más. Es un cuento relatado por un idiota con gran estrépito y furia, pero vacío de sentido.»

Le queda el endurecimiento del crimen, la creencia fija en el destino fatal. Acosado por sus enemigos, «atado al poste como un oso», combate; sin preocuparse más que de la predicción de las brujas, seguro de ser invulnerable mientras no aparezca el hombre que ellas designaron. Su pensamiento mora desde entonces en el mundo sobrenatural, y marcha hasta lo último con los ojos fijos en la quimera que desde el primer paso le ha poseído.

Como esta historia de Macbeth, la de Hamlet es el relato de un envenenamiento moral. Hamlet es un alma delicada, de una imaginación apasionada como la de Shakspeare. Ha vivido feliz hasta aquí, ocupado en nobles estudios, consagrado á los ejercicios del cuerpo y del espíritu, rindiendo culto á las artes, amado del más noble padre, prendado de la más pura y encantadora de las jóvenes, confiado, generoso, sin haber visto aún desde las alturas del trono en que ha

nacido, más que la belleza, la ventura y las grandezas de la naturaleza y de la humanidad (1). Sobre esa alma, más sensible que otras por nacimiento y educación, se ha precipitado de golpe la desgracia, desgracia suma, abrumadora, hecha exprofeso para destruir toda creencia y todo resorte de acción: ha visto de una ojeada toda fealdad del hombre, y ha sorprendido ese espectáculo en su propia madre. Su razón está intacta aún; pero, por la violencia del estilo, por la crudeza de los pormenores, por la espantosa tensión de toda la máquina nerviosa, júzguese si el hombre no ha puesto ya un pie al borde de la locura:

«¡Oh! ¡si esta carne tan dura pudiese fundirse, disolverse y resolverse en rocío! ¡O si el Eterno no hubiese establecido su ley contra el acto de matarse uno á sí propio! ¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¡Qué enojosas, qué gastadas, qué insípidas y vacías me parecen todas las cosas de este mundo! ¡Aparta! ¡aparta! Es un jardín abandonado, cubierto de maleza... ¡Que las cosas hayan llegado aquí! ¡Muerto desde hace dos meses tan solo! ¡No, dos meses no, no tanto! ¡Un rey tan noble! ¡tan cariñoso para mi madre que no hubiera tolerado que los vientos del cielo la rozasen la cara con demasiada rudeza! Y sin embargo... al cabo de un mes... No quiero ni pensarlo. ¡Fragilidad, tu nombre es mujer! ¡Un mes apenas! Antes de que se gastaran los zapatos con que acompañó el cuerpo de mi pobre padre, antes de que la sal de sus indignas lágrimas hubiese enrojecido sus ojos, se ha casado. ¡Oh detestable precipitación! ¡volar con esa prisa á un lecho incestuoso! Eso no está bien, ni puede acabar bien. Pero consuúmete, corazón, porque es menester que yo refrene la lengua.»

(1) Goethe: *Wilhelm Meister*.

Tiene ya sobresaltos de pensamiento, principios de alucinación, indicios de lo que vendrá después. En medio de la conversación surge ante su espíritu la imagen de su padre. Cree verle. ¿Qué será cuando el fantasma, «rompiendo su sudario y abriendo las pesadas mandíbulas de mármol del sepulcro», vaya de noche á la cima de un promontorio para revelarle las torturas de su prisión de llamas y el fratricidio que le ha precipitado? Desfallece; pero saca fuerzas del dolor y quiere vivir.

«Contente, contente, corazón mío. Y vosotros, músculos, no vayáis á envejecer en un instante; sostenedme con firmeza hasta el fin. ¿Acordarme de tí? Sí, pobre sombra, mientras haya memoria en este mundo desquiciado. ¿Acordarme de tí? Sí: del registro de mi memoria borraré todos los locos recuerdos vulgares, todas las máximas de los libros, todas las impresiones, todos los vestigios del pasado. Y sólo tu orden vivirá en ella. ¡Oh villano, villano, risueño y maldecido villano! Mi libro de memorias; escribo en él que se puede sonreír, sonreír y ser un villano. Por lo menos, estoy seguro de que así puede ser en Dinamarca. Sí, tío, aquí estáis vos.»

Esas sacudidas, esa fiebre de la mano que escribe, ese frenesí de la atención, anuncian la invasión de una semi-monomanía. Cuando llegan sus amigos, les dice cosas de niño y de idiota. No es ya dueño de las expresiones; las palabras vacías se arremolinan en su cabeza, y salen de su boca como en un sueño. Le llaman, y contesta imitando el grito de los cazadores que silban á su halcón. En el momento en que le juran el secreto, el fantasma repite desde el fondo de la tierra: «¡Jurad!» Hamlet exclama con la excitación nerviosa de una alegría convulsiva:

«¡Hola, hola, amigo! ¿parece que hablas? ¿Estás ahí? Adelantaos. ¿Oís al amigo que anda por la cueva? Consentid en jurar.

El fantasma (desde abajo).—Jurad.

Hamlet.—*Hic et ubique?* Entonces vamos á cambiar de sitio. Venid aquí, señores. Jurad por mi espada.

El fantasma (desde abajo).—Jurad por su espada.

Hamlet.—¡Bien dicho, hábil topo! Deprisa agujereas la tierra! ¡Buen zapador!»

¿Se comprende que, al decir eso, da diente con diente, «le tiemblan las piernas y está más blanco que su camisa»? La extrema angustia conduce aquí á una especie de risa que es un espasmo. Hamlet habla en lo sucesivo como si tuviese un continuo ataque de nervios. Su demencia será fingida, sí; pero su razón, como una puerta con los goznes torcidos, gira y cruje á merced del viento con una precipitación loca y un ruido discordante. No necesita buscar las ideas raras, las incoherencias aparentes, las exageraciones, el diluvio de sarcasmos que amontona. Los encuentra en sí; no se violenta; no tiene más que abandonarse á sí propio. Cuando hace representar el drama que debe desenmascarar á su tío, se levanta, se sienta, va á reclinar la cabeza sobre las rodillas de Ofelia, interpela á los actores, comenta la obra; tiene crispados los nervios; su pensamiento exaltado es como una llama que se agita y chisporrotea, y no encuentra pasto bastante en la multitud de objetos que le circundan. Cuando se levanta el rey desenmascarado y alterado, Hamlet canta y dice: «¿No es verdad, Horacio? esta canción, con un bosque de plumas y dos rosetas en mis escaarpines, basta para conquistarme un puesto en una compañía de cómicos.» Y se ríe terriblemente, porque es-

tá resuelto á matar. Es claro que ese estado es enfermizo, y que el hombre no ha de vivir.

En un alma tan ardiente para pensar y tan poderosa para sentir, ¿qué queda sino el tedio y la desesperación? Nosotros teñimos del color de nuestros pensamientos la naturaleza entera; hacemos el mundo á nuestra imagen; cuando nuestra alma está enferma, no vemos ya más que enfermedad en el universo. «Esta admirable construcción, esta tierra, me parece un árido promontorio. Esa cúpula soberbia, ved, ese espléndido firmamento suspendido sobre nosotros, esa techumbre majestuosa incrustada de llamas de oro, todo eso no es para mí más que un sucio y pestilente montón de vapores. ¡Qué obra tan magistral el hombre! ¡qué noble razón! ¡Qué infinitas facultades! En su forma, en sus movimientos, ¡qué cosa tan admirable y acabada! ¡Cuán semejante á un ángel por sus acciones! ¡Cuán semejante á un Dios por su inteligencial! ¡La maravilla del mundo! ¡el rey de la creación! Y sin embargo, ¿para mí qué es esa quintaesencia de polvo? No me entusiasma el hombre, ni tampoco la mujer.» En adelante su pensamiento marchita todo lo que toca. Se burla amargamente delante de Ofelia del matrimonio y del amor. ¡La belleza! ¡La inocencia!

La belleza no es más que un medio de prostituir la inocencia. «Vete á un convento. ¿Para qué querías criar pecadores? ¿Qué necesidad tienen de arrastrarse entre cielo y tierra alhajas como yo? Todos somos unos completos perdidos, todos. No creas á ninguno.» Cuando mata á Polonio por equivocación, no se arrepiente: es un loco menos. Se burla de un modo lúgubre. «¿Dónde está Polonio? (pregunta el rey).—De cena.—¿De cena? ¿En dónde?—No en sitio donde come, sino donde le comen. Está con cierta asamblea de gusanos

políticos.» Y repite de cinco ó seis maneras esas bromas de sepulturero. Su pensamiento habita ya en el cementerio; para esa filosofía de la desesperación, el verdadero hombre es el cadáver. Los cargos, los honores, las pasiones, los placeres, los proyectos, la ciencia, todo eso no es más que una máscara que la muerte nos quita para dejar ver lo que somos, el cráneo infecto y horrible. Ese espectáculo va á buscar junto á la tumba de Ofelia. Mira los cráneos que desentierra el sepulturero: éste fué un abogado, aquél un cortesano. ¡Cuántas reverencias é intrigas! ¡Cuántas pretensiones! ¡Cuánta arrogancia! Y ahora un sucio rústico le hace saltar con su azadón y juega con él á los bolos. César y Alejandro se pudrieron y formaron tierra pingüe: los soberanos del mundo han servido para tapar las grietas de algún muro viejo. «Ve ahora al cuarto de la señora y dila que, por más que se dé una pulgada de afeitte, un día tendrá este aspecto tan atractivo. Anda, hazla reir con eso.» Cuando se llega á ese estado, no hay ya sino morir.

Esa imaginación exaltada, que explica la enfermedad nerviosa y el envenenamiento moral de Hamlet, explica también su conducta. Si vacila en matar á su tío, no es por horror á la sangre y por escrúpulos como los de hoy. Es del siglo XVI. En el barco ha escrito la orden de decapitar á Rosencrantz y á Guildenstern, y de decapitarlos sin confesión. Ha matado á Polonio; ha causado la muerte de Ofelia, y no siente grandes remordimientos. Si ha respetado una primera vez á su tío, es porque le ha visto en oración, y temía enviarle al cielo. Creyó herirle el día en que hirió á Polonio. Lo que su imaginación le quita es la serenidad y la fuerza para ir tranquilamente á clavar una espada en un pecho, después de meditarlo. No puede hacerlo

más que por una sugestión súbita; necesita de un momento de exaltación; es preciso que crea escondido al rey detrás de una colgadura, ó que, al verse envenenado, le encuentre al alcance de su puñal. No es dueño de sus acciones; se las dicta la ocasión; no puede meditar el asesinato; tiene que improvisarle. La imaginación demasiado viva agota la voluntad por la energía de las imágenes que acumula y por el furor de atención que la absorbe. Se reconoce en él el alma de un poeta, que ha nacido, no para obrar, sino para soñar, que se olvida de todo contemplando los fantasmas que se forja, que ve demasiado bien el mundo imaginario para representar un papel en el mundo real: artista, á quien un azar adverso ha hecho príncipe, á quien otro azar peor ha hecho vengador de un crimen, y que, destinado al genio por la naturaleza, se ha visto condenado por la suerte á la locura y la desgracia. Hamlet es Shakspeare, y al término de esa galería de figuras, cada una de las cuales tiene algún rasgo de él, Shakspeare se pintó á sí mismo en el más profundo de sus retratos.

Si Racine ó Corneille hubiesen escrito una psicología, hubieran dicho con Descartes: El hombre es un alma incorpórea, servida por órganos, dotada de razón y de voluntad, habitante de los palacios y de los pórticos, hecha para la sociedad y la conversación, y cuya acción armoniosa se despliega mediante discursos en un mundo construido por la lógica fuera del tiempo y del espacio.

Si Shakspeare hubiese escrito una psicología, hubiera dicho con Esquirol: El hombre es una máquina nerviosa, gobernada por un temperamento, propensa á las alucinaciones, arrebatada por pasiones sin freno, irracional por esencia, mezcla de animal y de

poeta, que tiene la sensibilidad por virtud, la imaginación por resorte y por guía, y conducida á la ventura por las circunstancias más determinadas y complejas, al dolor, al crimen, á la demencia y á la muerte.

IX

¿Podrá un poeta semejante ceñirse siempre á imitar á la naturaleza? ¿Ese mundo poético que se agita en su mente no se emancipará jamás de las leyes del mundo real? ¿No es bastante poderoso para seguir las suyas? Lo es, y la poesía de Shakspeare conduce naturalmente á lo fantástico. Ese es el grado más alto de la imaginación desbordada y creadora. Rechazando la lógica ordinaria, crea una nueva; une los hechos y las ideas en un orden nuevo, absurdo al parecer, legítimo en el fondo; abre el país de los sueños, y sus sueños producen la ilusión de la verdad.

Cuando se llega á las comedias de Shakspeare, y aun á sus semi-dramas (1), parece que se le ve á él en el umbral, á la manera del actor encargado del prólogo, para impedir que el público se engañe y decirle: «No toméis demasiado en serio lo que vais á oír. Mi cerebro, lleno de sueños, ha querido ofrecérselos á sí mismo en espectáculo, y aquí los tenéis. Palacios, lejanos paisajes, las nubes transparentes que matizan con sus vellones grises el horizonte matinal, el rojo esplendor del incendio en que el sol se sumerge por la tarde, blancas columnatas que se prolongan hasta per-

(1) *Duodécima Noche, Como queráis, Tempestad, Cuento de invierno, etc., Címbelina, Mercader de Venecia, etc.*